

## Entrevista a Gonzalo Rojas:

**“Me siento un aprendiz inconcluso, algo próximo a la órbita borgeana”**

*Así se definió el poeta chileno Gonzalo Rojas, que fue anunciado ganador del Premio Cervantes, el Nobel de las letras hispanas.*



*Rojas tiene 85 años y vive en Chillán, a 400 kilómetros de Santiago.*

---

“Vallejo me dio el despojo y, desde ahí, el descubrimiento del tono. Huidobro, acaso el desenfadado. Neruda, cierto ritmo respiratorio, que él a su vez aprendió en Whitman y en Baudelaire. Pero yo gané el mío desde la asfixia. ¿Y Borges? El rigor, l’ostinato rigore que dijo Leonardo. Y el desvelo. (...) Personalmente me reconozco uno de esos aprendices inconclusos, próximo a la órbita borgeana en una especie de metamorfosis de lo mismo.” El escritor Gonzalo Rojas definió cierta vez con esas palabras el sentimiento de pertenencia a un linaje de escritores y poetas que lo acompaña desde que tiene memoria. Digno hijo de una tierra de poetas, este chileno de 85 años reconocido como el mayor poeta vivo de su país y uno de los más importantes de la lengua española recibió ayer el Premio Cervantes, considerado el Nobel de las letras hispanas.

“Estoy sorprendido, porque creo que otros colegas, como por ejemplo el gran Nicanor Parra, lo merecían más que yo. Pero me siento absolutamente honrado. Recibir un premio con ese nombre, habiendo tenido a Cervantes en el seso desde niño, es lo más extraordinario que le puede ocurrir a alguien que escribe”, declaró el autor de *La miseria del hombre*, *Contra la muerte*, *Río turbio* y *Oscuro*, visiblemente emocionado, a poco de haber recibido la noticia de boca de la ministra de Educación, Cultura y Deportes de España, Pilar de Castillo. “Cervantes anda en la cabeza de todos los locos de este mundo”, dijo el escritor.

El premio, dotado con 90.152 euros (el equivalente a 110 mil dólares) e instituido en 1975 por el Ministerio de Cultura de España “por el valor conjunto de una obra”, le será entregado por el rey Juan Carlos el próximo 23 de abril, fecha en que se conmemora un nuevo aniversario de la muerte del autor de *El Quijote*, en una ceremonia a realizarse en la Universidad de Alcalá de Henares. Alejo Carpentier (1977), Jorge Luis Borges (1979), Juan Carlos Onetti (1980), Octavio Paz (1981), Rafael Alberti (1983), Ernesto Sabato (1984), Carlos Fuentes (1987), Adolfo Bioy Casares (1990) y Mario Vargas Llosa (1994) son algunos de los grandes hombres de

letras que merecieron este reconocimiento en ediciones anteriores. Este año aparecían como los más firmes candidatos el peruano Alfredo Bryce Echenique, el uruguayo Mario Benedetti y el español Juan Marsé.

Rojas inició su carrera literaria en 1948, con la aparición de *La miseria del hombre*, y desde entonces no dejó de publicar. Durante las décadas de los 50 y los 60, y mientras seguía escribiendo a ritmo sostenido, ejerció la docencia en diversas universidades de su país y se ganó en poco tiempo el respeto y la admiración de sus colegas. El mexicano Carlos Fuentes y el chileno José Donoso, dos referentes claves del llamado boom latinoamericano, llegaron a decir que las clases y conferencias que dictaba por aquellos días en la Universidad de Concepción fueron una pieza imprescindible en la gestación del fenómeno que les deparó fama mundial. La buena racha, que incluyó el nombramiento de consejero cultural en China por decisión del entonces presidente Salvador Allende, duró hasta que el golpe de Augusto Pinochet lo empujó al exilio: en un primer momento, el escritor se refugió en Alemania, luego en la antigua URSS y en Caracas, donde recaló en 1975, sin abandonar la idea de volver a su país.

El esperado regreso se concretó en 1979: desde entonces, Rojas vive en la localidad chilena de Chillán, a cuatrocientos kilómetros de la capital.

Dueño de una obra en la que las pasiones y el erotismo coquetean con la reflexión filosófica y un fino sentido del humor, el poeta confiesa que en todo este tiempo ha sido fiel a una máxima que dio sus frutos: no ceder “a las impaciencias de la escritura, ni a las que suele imponer el éxito”, que en su visión se contradicen con las necesidades de la creación. “He llegado sin prisa y apostando al crecimiento sostenido. Soy un galeote empedernido que aún no suelta los remos”, suele decir.

---

### **Alfredo Jocelyn-Holt: Viejo Niño-Viejo**

LT 07-01-2006

La niñez, o lo que desde hace un tiempo Gonzalo Rojas insiste en llamar la “reniñez”, es una referencia recurrente en su obra y conversación. No sólo ahora último (acaba de cumplir 90 años), si no más bien de siempre. La infancia, sostiene Rojas, no es algo que se deje atrás, que se supere o se pierda del todo. La infancia es “la patria de los poetas”. Por eso, si uno quiere entender a Gabriela Mistral -el ejemplo es de Rojas- no es cuestión de detenerse en lo obvio. Nada de “Piececitos” ni de rondas, por favor, como le explica a Juan Andrés Piña en una memorable entrevista de hace 15 años: “La infancia de ella hay que verla como una estabilidad esencial: ella misma es una criatura de la infancia y del asombro, y así es como dice su poesía y como dice el mundo”.

Una variante de esta idea la encontramos en uno de sus más famosos y dolidos poemas: “Orompello”. El título alude a una calle de Concepción y a la casa en que había vivido de niño, allá por 1926. El poema, sin embargo, lo escribe Rojas cuando vuelve, en 1952, a vivir en el mismísimo lugar, habiendo poco menos que jurado no volver más. Le recordaba una época tristísima de su vida: su madre recién viuda, con 12 hijos chicos, y la casa convertida en pensión para alimentarlos. En fin, 26 años después se encuentra de nuevo en el mismo lugar donde antes sufrió, y tiene que explicarse a sí mismo tamaña ocurrencia. “El viaje

mismo es un absurdo”, exclama perplejo. Intuyo que por viaje entiende la “vida”, aunque no lo dice tan así. Vean ustedes, sin embargo, como, hacia el final, resuelve el asunto: “El colmo es alguien / que se pega a su musgo de Concepción al sur de las estrellas / Costumbre de ser niño, o esto va a reventar con calle y todo, / con recuerdos y nubes que no amé. / Pesadilla de esperar / por si veo a mi infancia de repente”.

Es decir, no cabe más opción que querer volver a los lugares de infancia (en una de éstas se aparece de repente), pero sin que por ello se tenga que caer en nostalgias o revivir tristezas. La infancia no es el paraíso perdido que uno se cuenta, tiempo después, para autoengañarse o volver a sufrir. La infancia es simplemente un ir y venir. Ya antes, en otro poema diría: “Vienes corriendo y eres el mismo niño y ya no eres, adiós / Se nace así con el oleaje del Golfo: se entra y se sale. Se entra y sale por la puerta de espuma del Gran Golfo de Arauco...”

Vamos por partes. Rojas no es muy dado a escribir “ars poéticas”, esos versos en que los poetas suelen exponer la teoría general que define y ordena su obra. Detesta a los académicos “literatosos”. Se resiste, también, a redactar sus memorias. Está en su derecho, y, además, creo entenderlo bien. No le cabe en la mente esto de “congelar” algo que, al ser todavía tan esencial y vivo, se podría perder irremediablemente si se le llega a consignar en formato, digamos, “definitivo”. Rojas es como esos primitivos que rehúyen la cámara, porque les pueden robar su imagen, su alma; o como esos campesinos reacios a contestar cuestionarios de censos, o que desconfían, no sin razón, de intrusos oficiales del Registro Civil. Los poetas, por lo mismo que son niños, siguen siéndolo. Los poetas no envejecen ni mueren. “¿Quién no cumple cien años?”, se pregunta Rojas a propósito de Octavio Paz. “No lo veo muerto. Él no tenía nada que ver con la vejez ni con la muerte... Alguna vez escribí que los poetas son niños en crecimiento tenaz. Octavio fue ese niño, Borges también lo fue con sus 100 años a cuesta, aunque de otra dinastía; Huidobro, Matta, Vallejo, Darío mismo un poco antes. El to be del inglés viene del germánico remoto bhou, que significa crecer. De modo que cuando somos más bien crecemos”. Por si pudiera surgir alguna duda al respecto, Rojas le puso como título a su primer gran libro, *Contra la Muerte*.

Ahora bien, si los niños nunca dejan de serlo, aun siendo viejos, ¿por qué no habrían de ser viejos, también, desde siempre? Precisamente la pregunta que se responde en ese otro poema, “Los Niños”, que aparece en todas las antologías: “Entre una y otra sábana o, aún más rápido que eso, en un / mordisco / nos hicieron desnudos y saltamos al aire ya feamente viejos / sin alas, con la arruga de la tierra”. De tanto hablar así, Rojas se ha ido poniendo como esos monjes chinos (vivió varios años en esas latitudes), quienes, en medio de sus jardines, templos o cuevas, dibujados en algún rollo de papel con tinta, nos parecen tan sabios y plácidos, sin que nada los espante y, a la vez, en perpetuo asombro con todo. Monjes con caras de niños-viejos.

Precisemos el punto. Registro Civil, Gonzalo Rojas acaba de cumplir 90 años, habiendo nacido en Lebu, en 1915. Obviamente, el asunto no se agota ahí. Rojas no es un poeta de efemérides. Dice por ahí: “¿Cuál milenio, cuál siglo, de la era de qué? Pregúntenles a las piedras. Porque parece abuso eso de las tijeras arbitrarias para cortar el tiempo... Para la risa tanto calendario”. Nuestras existencias son un mero “parpadeo”. Esto de escribir, para algunos de nosotros, es como respirar; así y todo, “de repente estamos aquí y ése es el juego: de repente no estamos”. O, como le preguntaran en un recital de sus poemas ante niños de 6 a 12 años en

Ancud: “Y usted, cuando termina poemas que escribe, ¿no le parece que siempre queda inconcluso?” Rojas admira a los niños.

“¿Habría que tener 12 años desinhibidos para ver tan claro el ejercicio de decir el mundo?”, es el comentario que le mereció tan poético encuentro.

Rojas se reconoce a sí mismo como un romántico. Ve el mundo a golpe de relámpagos y sílabas, a pedazos (fue tartamudo). La suya, dice, es una voz más en el coro, junto a Juan de Yepes, Darío, Mistral, Vallejo, Huidobro, De Rokha, Neruda, Borges, Paz, Rulfo, su madre, la gente de Lebu, Atacama y las minas de carbón... De ahí, también, su afinidad con ese otro viejo-niño, también rebelde, utópico y ajeno a las capillas: Matta. Con él “dialoga al alimón” en ese recién aparecido pequeño-bello-libro Duotto. Canto a dos voces. Sus visiones son sincrónicamente una y la misma. “El mundo, escribe Rojas, lo hemos hecho no como un todo; no es una totalidad, sino una pedacería, y en los trozos de espejos que están rotos se alcanza a ver el juego mayor”. Me cuesta encontrar una mejor definición de lo que es la poesía.



Información disponible en el sitio ARCHIVO CHILE, Web del Centro Estudios “Miguel Enríquez”, CEME: <http://www.archivochile.com>

Si tienes documentación o información relacionada con este tema u otros del sitio, agradecemos la envíes para publicarla. (Documentos, testimonios, discursos, declaraciones, tesis, relatos caídos, información prensa, actividades de organizaciones sociales, fotos, afiches, grabaciones, etc.)

Envía a: [archivochileceme@yahoo.com](mailto:archivochileceme@yahoo.com)

**NOTA:** El portal del CEME es un archivo histórico, social y político básicamente de Chile. No persigue ningún fin de lucro. La versión electrónica de documentos se provee únicamente con fines de información y preferentemente educativo culturales. Cualquier reproducción destinada a otros fines deberá obtener los permisos que correspondan, porque los documentos incluidos en el portal son de propiedad intelectual de sus autores o editores. Los contenidos de cada fuente, son de responsabilidad de sus respectivos autores, a quienes agradecemos poder publicar su trabajo.